

caré de raíz todos los obstáculos, que me impiden ser aquí el primero. Sí, lo seré por la violencia, ya que la amabilidad es inútil. (Vase.)

ESCENA II.

Posada en las fronteras de Sajonia.

CARLOS MOOR, absorbido en la lectura, y SPIEGELBERG, bebiendo sentado á una mesa.

CARLOS. (Dejando el libro.) — Me hasta nuestro siglo, insaciable de tinta, cuando leo en mi Plutarco las vidas de los grandes hombres.

SPIEGELBERG. (Ofreciéndole un vaso y bebiendo.) — Debías leer á Josefo.

MOOR. — Extinguióse ya la viva y brillante centella de Prometeo, y le ha sustituido la de los pirotécnicos... fuego artificial, que ni aun encender puede una pipa de tabaco. Arrástranse, pues, como las ratas por la maza de Hércules, y se devanan los sesos en averiguar en virtud de qué causa la humanidad se propaga. Un abad francés enseña que Alejandro fué cobarde como una liebre; un catedrático tísico, que aspira á cada palabra un fraseo de amoniaco, diserta ante sus discipulos sobre la fuerza. Personajes que se desmayan después del coito censuran la táctica de Aníbal... y chicuelos miserables pescan frases sobre la batalla de Cannas, y gimen haciendo muecas por la victoria de Escipion, que han de exponer.

SPIEGELBERG. — Eso es llorar á lo elegiaco alejandrino.

CARLOS. — Preciada recompensa de vuestros sudores en el campo de batalla el vivir ahora en un colegio, y envol-

ver trabajosamente vuestra inmortalidad con una correa para atar los libros. Rico premio de vuestra sangre derramada servir para que guarde sus bollos un mercader de Nuremberg... ó, si la fortuna sonrie, ser llevado sobre zancos por un autor trágico francés, y moverse con los hilos de los polibinelas. ¡Ah, ah, ah!

SPIEGELBERG. — Lee á Josefo; yo te lo ruego.

CARLOS. — ¡Quita allá! ¡Pobre siglo de superficiales cósmicos, útil sólo para mascar los hechos de los tiempos pasados, rebajar con sus comentarios á los héroes de la antigüedad, y desfigurarlos en sus tragedias. El vigor de sus riñones ha desaparecido, y la cerveza sola ayuda al hombre á propagar su especie.

SPIEGELBERG. — ¡Té, hermano, té!

CARLOS. — Aprisionan la sana naturaleza en inspidas convenciones; no tienen corazón para vaciar un vaso de vino, porque los enferma; lamen la mano del limpiabotas, para que les facilite ver á los potentados, y se burlan del pobre diablo á quien no temen. Se adoran unos á otros por una comida, y se envenenarian por un jergon que se hubiese apropiado otro, ofreciendo más en una almohada... Condenan al saduceo que no visita la iglesia á menudo, y calculan junto al altar sus usuras... Se prosternan para limpiar en público el polvo de sus rodillas; no separan sus ojos del sacerdote, para apreciar si su peluca está bien empolvada; se desmayan si ven correr la sangre de un ganso, y aplauden cuando sus rivales salen perdidos de la Bolsa. Yo les apretaba las manos con tanto ardor... «Esperemos otro día...» ¡En vano! ¡El perro á su perrera! ¡Súplicas! ¡Juramentos! ¡Lagrimas! (Golpeando el suelo con el pié.) ¡Infierno y demonio!

SPIEGELBERG. — Y por solo dos mil miserables dueados...

CARLOS. — No, no puedo pensar en eso. He de encerrar mi cuerpo en un corsé, y someter mi voluntad á la presión

de la ley. La ley ha convertido en paso de tortuga lo que hubiera volado como el águila. La ley no ha formado ningún hombre grande, y sólo la libertad engendra colosos y cosas insólitas. Pero ¡prisionarse en el vientre de un tirano; satisfacer servilmente los desordenados caprichos de su estómago, y sufrir sus impurezas!... ¡Ah! ¡si entre tanta escoria brillase al fin el genio de Hermann!... Que me pongan á la cabeza de un ejército compuesto de hombres como yo, y Alemania será una república junto á la cual Roma y Esparta parecerán conventos de monjas. (Arroja su espada sobre la mesa, y se levanta.)

SPIEGELBERG. (Dando un salto.) — ¡Bravo! ¡bravísimo! Ahí quiero yo verte. Algo quiero decirte al oído, Moor, que se revuelve ha tiempo en mi mente, porque tú eres el hombre á propósito para... ¡bebe, hermano, bebe!... ¡qué fortuna si llegásemos á ser judíos y restaurásemos su reino!

CARLOS. (Riendo á carcajadas.) — ¡Ah! Observo yo ahora... observo yo ahora... que has de tener tus razones para poner la circuncisión á la moda.

SPIEGELBERG. — ¡Diantre! Sí, sin duda; pero confiesa que mi plan es hábil y magnánimo. Hacemos circular un manifiesto por todo el mundo, y damos cita en Palestina á todos los que no comen carne de cerdo. Yo pruebo entonces con documentos auténticos que Herodes, el Tetrarca, fué ascendiente mío en línea recta, y yo su sucesor legítimo. Gran triunfo, oh compañero, será ponerlos de nuevo al abrigo, reedificando á Jerusalén. Y entonces, echamos á los turcos del Asia, cuando el hierro está caliente, y cortamos cedros del Líbano, y construimos navios, y el pueblo entero traficará con galones y hebillas. Mientras tanto...

CARLOS. (Que le toma riendo la mano.) — Camarada, acabáronse ya las locuras.

SPIEGELBERG. (Atónito.) — ¿Cómo? ¡No querrás representar hasta el fin el papel del hijo pródigo, un hombre como

tú, que has arañado más rostros con tu espada que nombres de personas escrito tres escribanos en su libro de providencias durante un año bisextil! ¿Debo repetirte los suntuosos funerales de tu perro? ¡Ah! ¿He de representar ante tí tu propia imágen, para inspirar fuego en tus venas, si ninguna otra cosa te enardece? ¿Olvidas cómo esos señores del colegio rompieron una pierna á tu perro, y tú, para vengarte, ordenaste que ayunaran todos en la ciudad? Burlábanse de tu rescripto; pero tú, no ocioso, compraste toda la carne de L..., y á las ocho horas no había un hueso que roer en todos los arrabales, y aumentó el precio del pescado. El pueblo y los magistrados todos respiraban venganza. Entonces nos reunimos setecientos estudiantes, mandados por tí, y detrás los carniceros, los sastres y los mercaderes, y los posaderos y barberos, y todos los gremios, y juramos tomar por asalto la ciudad, si se arrancaba un solo cabello de la cabeza de un estudiante. Todo salió á pedir de boca, y hubieron de retirarse con un palmo de narices. Congregaste doctores, un concilio completo, y ofreciste tres ducados al que recetase algo al perro. Sospechábamos que esos señores serían demasiado orgullosos, y se negarían, y habíamos convenido en obligarlos á la fuerza. Pero no fué necesario, porque los señores pidieron á gritos los tres ducados, y pujando unos y otros, bajaron hasta tres batzes. En el espacio de una hora se escribieron doce recetas, y así el pobre animal reventó á poco.

CARLOS. — ¡Indignos personajes!

SPIEGELBERG. — Preparóse un entierro suntuoso, y apiñada muchedumbre, acompañando al perro, entonaba en su loor tristes endechas; y nosotros, por la noche, unos mil estudiantes, con la linterna en una mano y la tizona en la otra, recorrimos la ciudad al fúnebre tañido de las campanas y campanillas, hasta que el animal fué sepultado. Hubo después un banquete que duró hasta el otro día; y tú, movido

de generosa compasión hacia aquellos señores, hiciste vender la carne á la mitad de su precio. ¡Mort de ma viel! Entonces fuimos respetados, á fuer de guarnición en fortaleza conquistada...

CARLOS. — Y ¿no te avergüenzas de celebrar todo esto? ¿No conservas el pudor suficiente para ruborizarte de tales locuras?

SPIEGELBERG. — ¡Véte, véte! Tú no eres ya Moor. ¿No recuerdas cuántos millares de veces, con la botella en una mano, has tirado tu viejo sombrero, exclamando: ¡Que él ahorre y atesore; yo lo tragaré todo!... ¿No lo recuerdas? ¡eb! ¿No lo recuerdas aún? ¡Oh fanfarrón desdichado y miserable! Así hablan los hombres y los caballeros, pero...

CARLOS. — ¡Maldito seas por recordármelo! ¡Maldito yo por haberlo dicho! ¡Hicelo, en verdad, excitado por el vino, y sin que oyese mi corazón las palabras pronunciadas por mi lengua.

SPIEGELBERG. (Moviendo la cabeza.) — ¡No, no, no! No puede ser. Imposible, hermano; tú no hablas formalmente. ¡Hme, hermanito, ¿no es la necesidad la que ahora te domina? Ven acá, voy á contarte una historietita de mi infancia. Junto á mi casa había un foso, que tenía por lo menos sus ocho pies de ancho, y todos los muchachos rivalizábamos en saltarlo. ¡Vanamente! ¡Pum! Caíamos dentro, y los demás se burlaban y reían, y llovían sobre él bolas y bolas de nieve. También cerca de mi casa había un perro de un cazador alado á una cadena, tan perverso, que como un relámpago se tiraba á las espaldas de las jóvenes, cuando se descuidaban y pasaban á su alcance. Uno de mis goces más intensos era hacerle rabiar siempre que podía, riéndome de todo corazón cuando me devoraba furioso con los ojos, y hubiera saltado contra mí si pudiera... Pero ¿qué sucedió? Otro día repetí mi acostumbrada maniobra, con tan buena suerte, que dándole una fuerte pedrada en las costillas,

arrancó la cadena de improviso y se tiró á mí, haciéndome correr desolado... ¡Mil diablos! El fatídico foso se me puso delante. ¿Qué hacer en tal apuro? El perro, rabioso, casi tocaba á mis talones; la resolución había de ser instantánea; tomé vuelo y salté al otro lado. Debí al salto mi piel y mi vida, porque si no, el maldito animal me hubiese destrozado.

CARLOS. — Y ¿con qué fin lo cuentas?

SPIEGELBERG. — ¿Para qué?... Para que comprendas la fuerza que da la necesidad. Por eso no me aturdo cuando me me veo en algún peligro. El valor crece con el riesgo; los bríos se triplican en los lances apretados. El destino ha dispuesto, sin duda, que sea yo un hombre grande, cuando tantos estorbos suscita en mi camino.

CARLOS. (Con dolor.) — ¡Ignoro para qué hemos de tener valor y para qué no lo hemos tenido!

SPIEGELBERG. — ¿Es posible?... Y ¿querrás, acaso, consentir que se destruyan tus facultades? ¿que tus recursos queden enterrados? ¿Piensas que tus calaveradas en Leipzig sean el último esfuerzo del linaje humano? Corramos antes el gran mundo. ¡París y Lóndres!, en donde merece que le den de bofetadas el que llama á otro hombre honrado. Júbilo sin igual produce al alma hacer las cosas en grande... ¡Te quedarás estupefacto! ¡Te harás todo ojos! Espera y verás falsificar manuscritos, tirar los dados con engaño, hacer saltar cerraduras y vaciar las entrañas á los cofres... Todo esto te lo enseñará Spiegelberg. La canalla que tiene expeditos sus cinco dedos, y se deja morir de hambre, merece ser colgada en la horca más próxima.

CARLOS. (Distraído.) — ¿Cómo? ¿Has ido más allá todavía?

SPIEGELBERG. — Creo, á la verdad, que desconfías de mí. ¡Deja que el entusiasmo me anime! Has de ver maravillas. Tus sesillos han de dar vueltas en tu cabeza, cuando mi sutil ingenio dé á luz sus naturales frutos... (Levantándose)

con entusiasmo.) ¡Cuán grande es la claridad de mi entendimiento! Sublimes ideas brotan en mi alma. Planes gigantescos fermentan en mi imaginación creadora. Endiablada soñolencia (Dándose una palmada en la frente) que hasta ahora había encadenado mis sentidos, deteniendo y aplazando mis proyectos. ¡Despierto, siento lo que soy y... lo que seré!

CARLOS.—Eres un loco. El vino llena tu cabeza.

SPIEGELBERG. (Con más calor.) Spiegelberg, se dirá, ¿es posible que hagas sortilegios? Es lástima que no hayas sido general, Spiegelberg, dirá el Rey; tú hubieras hecho pasar á los austriacos por un ojal. Si, oigo lamentarse los doctores de que yo haya comelido el yerro indisculpable de no haber estudiado medicina, porque hubiese descubierto unos polvos nuevos contra las escrúfulas. ¡Ay de mí! Y si se hubiese consagrado al estudio de la Hacienda, dirán los Sullys suspirando en sus gabinetes, de las piedras hubiera hecho surgir por encanto luses de oro. Y el nombre de Spiegelberg será aclamado en Oriente y Occidente, y mientras vosotros os revolveréis en el lodo, vosotros miserables, vosotros sapos, Spiegelberg volará raudo, con sus alas extendidas, al templo de la fama.

CARLOS.—¡Que la dicha te acompañe! Sube por las columnas de la infamia á la cúspide de la gloria. A la sombra de los arboledas de mi casa patrimonial, en los brazos de mi Amalia me atraen placeres más nobles. La semana pasada pedí ya perdón á mi padre, sin callarle nada, y cuando se procede con lealtad, la compasión y la ayuda no faltan. Despidámonos, pues, Mauricio. Hoy será el último día en que nos veamos. El correo ha venido. El perdón de mi padre está ya dentro de las murallas de esta ciudad.

(Schweizer, Grimm, Roller, Schusterle, y Razmann entran.)

ROLLER.—¿Sabéis lo que nos han dicho?

GRIMM.—¿Que nos prenden en el instante más impensado?

CARLOS.—No me extraña. Pero suceda lo que quiera. ¡No habéis visto á Schwartz? ¿No os ha hablado de una carta para mí?

ROLLER.—Lo supongo, porque te busca hace tiempo.

CARLOS.—¿En dónde está? ¿En dónde, en dónde?

(Quiere salir.)

ROLLER.—¡Quédate aquí! Le hemos dicho que venga á buscarnos. ¿Tiemblas?

CARLOS.—No. ¿Por qué he de temblar? ¡Compañeros! Esta carta... ¡Alegraos también! Yo soy el más feliz de los hombres. ¿Por qué, pues, he de temblar? (Entra Schwartz.)

CARLOS. (Corriendo á su encuentro.)—¡Hermano, hermano! ¡La carta, la carta!

SCHWARTZ. (Dándole la carta, cuyo sobre rompe Carlos apresuradamente.)—¿Qué tienes? Te has puesto tan blanco como la pared.

CARLOS.—¡Letra de mi hermano!

SCHWARTZ.—Pero Spiegelberg ¿qué hace?

GRIMM.—Ha perdido la chaveta. Hace gestos como si tuviera el baile de San Vito.

SCHUSTERLE.—Su razón está bailando en círculo. Yo creo que hace versos.

RAZMANN.—¡Spiegelberg! ¡Eh, Spiegelberg!... Ese animal no oye.

GRIMM. (Sacudiéndolo.)—¿Sueñas, hombre, ó...?

SPIEGELBERG. (Que mientras tanto ha hecho en un rincón pantomima de proyectista, se levanta de improviso, gritando.)—¡La bolsa ó la vida! ¡Coge por la cintura á Schweizer, que lo despide contra la pared. Carlos tira la carta al suelo, y sale de la escena corriendo. Todos se levantan.)

ROLLER. (Detrás de él.)—Moor, ¿adónde vas? ¿qué intentas?

GRIMM.—¿Qué tiene? ¿qué tiene? Está pálido como un muerto.

SCHWEIZER.—¡Noticias agradables! Veamos

ROLLER. (Cogiendo la carta del suelo y leyendo.) — «Desdichado hermano.» El principio promete. «Sólo he de decirte en pocas palabras que tu esperanza es vana... Has de llegar, según me encarga nuestro padre, al término de tu conducta vergonzosa. No abrigues, pues, añade él, la ilusión de conseguir su perdón arrojándote á sus piés, si no te sometes á ser encerrado en la bóveda más honda de su castillo para vivir solo de pan y agua, hasta que tus cabellos crezcan como las plumas de un águila y tus uñas como sus garras. Tales son sus palabras. Mándame que cierre esta carta. Adiós para siempre. Te compadezco.

FRANZ DE MOOR.»

SCHWEIZER. — ¡Un hermanito engarzado en oro! Y, en efecto... ¿se llama Franz ese canalla?

SPIEGELBERG. (Adelantándose insensiblemente.) — ¿Se habla de pan y de agua? ¡Soberbia vida! Otros son mis planes respecto á vosotros. ¿No decía yo que al fin cuidaré de vuestro porvenir?

SCHWEIZER. — ¿Qué dice este carnero? ¿Que el asno se encargará al cabo de nosotros?

SPIEGELBERG. — Todos sois unas liebres, unos desvalidos, perros estropeados, si no tenéis corazón para aventuraros en alguna grande empresa.

ROLLER. — Lo seríamos, sin duda, si tuvieras razón... pero tu idea ¿nos sacará acaso de este condenado apuro? Dí...

SPIEGELBERG. (Scrriendo desdeñosamente.) — ¡Pobre diablo! ¿Sacaros de esa situación? ¡Ja, ja, ja!... ¿Sacaros de esa situación?... ¿y tu cerebro, estrecho como un guante, no alambica más? ¿tu caballo se entra sin más ni más en la cuadra? Spiegelberg sería un miserable si se limitara á comenzar sólo las cosas: ¡Os digo que he de hacerlos héroes, barones, príncipes, dioses!

RAZMANN. — ¡Mucho prometer es, en verdad! Pero siempre

sera algo arriesgado que, por lo menos, pueda costarnos la cabeza.

SPIEGELBERG. — Basta sólo el valor, porque lo demás, en cuanto se roza con el ingenio, queda de mi cuenta. ¡Valor, pues, Schweizer! ¡Valor, Roller, Grimm, Razmann, Schufferle! ¡Valor!

SCHWEIZER. — ¿Valor? Si basta sólo el valor... me sobra para atravesar descalzo el mismo infierno.

SCHUFFERLE. — Tengo yo el suficiente para pelearme con el diablo en persona bajo la horea, por el alma de un pobre pecador.

SPIEGELBERG. — ¡Esto es lo que me place! Si tenéis, pues, ánimo, que se adelante uno de vosotros, y diga que tiene todavía algo que perder y nada absolutamente que ganar...

SCHWARTZ. — Ciertamente habría algo que perder, si yo quisiera trocarlo por lo que puedo ganar todavía.

RAZMANN. — ¡Si, por todos los diablos! Y algo que ganar, si yo quiero granjearme lo que no puedo perder.

SCHUFFERLE. — Si yo hubiera de perder cuanto llevo prestado en el cuerpo, mañana nada tendría ya que perder.

SPIEGELBERG. — Así, pues (poniéndose en medio de ellos, con jurándolos.), si corre por vuestras venas una sola gota de heroica sangre alemana, venid. Iremos á los bosques de la Bohemia, formaremos allí una banda de ladrones, y... ¿Por qué me miráis así?... ¿se desvaneció ya vuestro átomo de valor?

ROLLER. — Tú no eres el primer bribón que haya mirado un poco más allá de la horea más alta... y, sin embargo, ¿qué otra cosa podemos elegir?

SPIEGELBERG. — ¿Elegir? ¿Qué? ¿Nada podéis elegir? ¿Queréis ser encerrados por deudas en la cárcel, y lamentaros allí hasta que suene la trompeta del Juicio final? ¿Queréis ganar trabajosamente un pedazo de pan con el azadón y la pala? ¿Queréis cantar tristes endechas á las gentes que es-

tán en las ventanas, para ganar una pobre limosna? ¿Queréis alistaros para llevar la mochila (suponiendo que vuestro aspecto inspire confianza) y al capricho de un cabo avinagrado purgar anticipadamente vuestras faltas? ¿ó marchar al són del tambor mientras os apalean? ¿ó en el paraíso de las galeras arrostrar todo el almacén de hierro de Vulcano? Ya veis cuántas cosas podéis escoger. Aquí tenéis en conjunto lo que se os ofrece.

ROLLER.—No va muy descaminado Spiegelberg. Yo tengo también mis planes, pero todos tienden á un fin. ¿Qué os parece el proyecto de reunirnos, y zureir entre todos un manual, un almanaque ú otra cosa análoga, ó hacer críticas baratas, como ahora se usa?

SCHUFERLE.—¡Al verdugo contigo! Tus proyectos son muy semejantes á los míos. Yo reflexionaba cómo te sentaría hacerte pietista, y dar semanalmente pláticas religiosas.

GRIMM.—¡Eso es! ¡y si no, ateos! Tapamos la boca á los cuatro evangelistas, dejamos que el verdugo queme nuestros libros, y subimos como la espuma.

RAZMANN.—O salimos al campo contra los franceses... Conozco un doctor, que ha construido una casa de mercurio para sí, según reza el epigrama que se lee sobre la puerta.

SCHWEIZER. (Levantándose y dando la mano á Spiegelberg).— ¡Mauricio, tú eres un grande hombre... ó un cerdo ciego ha encontrado una bellota!

SCHWARTZ.— ¡Sublimes planes! ¡Profesiones honradas! ¡Cómo simpatizan los caracteres magnánimos! ¡Sólo nos falta ya hacernos mujeres y alcahuetas, y llevar al mercado nuestra juventud!

SPIEGELBERG.— ¡Broma, pura broma! Y ¿qué os impido ponerlos de acuerdo? Mi plan os elevará á lo más alto, y ganaréis fama é inmortalidad. ¡Ved, pobres diablos! Es preciso tener ambición; y así también la gloria, ese plácido sentimiento de la inmortalidad...

ROLLER.— Y allá arriba figurar entre las gentes honradas. Tú, Spiegelberg, eres maestro en retórica, cuando te propones convertir en bribón á un hombre de bien... Pero dime sólo ahora en dónde está Moor.

SPIEGELBERG.— ¿Hablas de hombres de bien? ¿Crees que después lo serás menos que ahora? ¿A qué llamas tú hombre de bien? Librar á un bribón, ya maduro, de una tercera parte de sus cuidados, que abuyentan sus gratos sueños; poner en circulación el dinero guardado; restablecer el equilibrio en su fortuna; en una palabra, evocar de nuevo la edad de oro, libertar al Señor misericordioso de incómodos huéspedes, y evitarle guerras, pestes, carestía y doctores... he aquí lo que yo llamo hombría de bien, lo que yo llamo digno instrumento en manos de la Providencia... y así, á cada bocado de carne asada que se come, tener el consolador pensamiento de haber ganado todo esto con su fusil, con su valor de león, con sus vigilias... ser respetado de grandes y pequeños...

ROLLER.— Y, al fin, caminar hacia el cielo en cuerpo y alma, á pesar de la borrasca y del viento, á pesar del voraz apetito del viejo Saturno; y al sol, y á la luna y á las estrellas, balancearse hasta donde las aves irracionales del aire, atraídas por una noble curiosidad, celebran sus conciertos divinos, y en donde los ángeles de pezuña hendida se reúnen en solemne conciliábulo. ¿No es verdad?... y cuando los monarcas y potentados son roídos por los gusanos, recibir el honor de la visita del ave real de Júpiter... ¡Mauricio, Mauricio, Mauricio!... ¡Ojo, ojo al animal de tres pies!

SPIEGELBERG.— ¿Y esto te asusta, corazón de liebre? Algún genio universal, que hubiera podido regenerar el mundo, se consume en el pudridero, y no se habla de otra cosa durante un siglo, durante miles de años, cuando no faltan reyes y electores, de los cuales nada se diría si no

fuera por el miedo del historiador á dejar una laguna en la serie de sucesión, y por la ventaja de añadir un par de páginas á un libro que el editor le paga en buena moneda... Y cuando el viajero lo vea flotar al capricho del viento... «este no tenía agua en el cerebro.» dirá para sí, y suspirará deplorando la miseria de los tiempos que corren.

SCHWEIZER. (Dándole una palmada en el hombro.) — ¡Magistralmente, Spiegelberg, magistralmente! ¿Qué diablos hacéis ahí temblando?

SCHWARTZ. — Y, aunque esto se llame prostituirse, ¿qué se deduce? ¿No es posible, por lo que sobrevenga, llevar siempre consigo unos polvillos que os encaminen en silencio al Averno, en donde ningún gallo canta? No, hermano Mauricio, tu proposición es buena. Mi catecismo es igual al tuyo.

SCHUFERTE. — ¡Diantre! Y el mio también. Spiegelberg, me has conquistado.

RAZMANN. — Tú, como Orfeo, has acallado la voz chillona de mi conciencia. Tuyo soy en cuerpo y alma..

GRIMM. — *Si omnes consentiunt, ego non dissentio.* Observad bien, sin tardanza: en mi cabeza se organiza una subasta: pietistas... mercurio... críticos y bribones. El que más me ofrezca, me lleva. ¡Toma mi mano, Mauricio!

ROLLER. — ¿Y tú también, Schweizer? (Dando á Spiegelberg la mano derecha.) También yo vendo mi alma al diablo.

SPIEGELBERG. — ¡Y tu nombre á las estrellas! ¿Qué nos importa adónde va el alma? Cuando muchedumbre de mensajeros, enviados por nosotros, anuncien nuestra llegada, Satanás se pondrá su vestido de gala, limpiará sus pestañas del hollín de mil años, y cabezas cornudas á miradas se asomarán por la boca fuliginosa de sus chimeneas de azufre, para presenciar nuestra entrada. ¡Camaradas! (Con entusiasmo.) ¡Vamos allá, camaradas! ¡Hay algo en el mun-

do que pueda compararse con este arrebató sublime? ¡Vamos, camaradas!

ROLLER. — ¡Poco á poco, sin embargo! ¡Poco á poco! ¿A dónde? Hijos míos, este monstruo ha de tener también su cabeza.

SPIEGELBERG. (Colérico.) — ¿Qué dice ese aguafiesta? ¿No existía la cabeza antes de moverse miembro alguno? ¡Seguidme, compañeros!

ROLLER. — Poco á poco, os digo yo. Hasta la libertad ha de tener su jefe. Roma y Esparta, sin poder supremo, hubieran de seguro sucumbido.

SPIEGELBERG. (Con dulzura.) — Sí... esperad... Roller habla bien. Y ha de ser una inteligencia clara. ¿Entendéis? Ha de ser un hombre sagaz y buen político. ¡Sí! Cuando yo reflexiono lo que érais una hora hace y lo que sois ahora... lo que sois, gracias á un feliz pensamiento... Sí... sin duda, sin duda necesitáis un caudillo, y el que ha concebido esa idea ¿no será en vuestra opinión un hombre sagaz y buen político?

ROLLER. — Si se pudiera tener esperanza... si se pudiera soñar... Pero temo que no lo hará.

SPIEGELBERG. — ¿Por qué no? ¡Dilo pronto, amigo!... Tan difícil es dirigir contra el viento á un buque que se resiste, como soportar el peso de una corona... ¡Habla sin miedo, Roller; quizás lo haga!

ROLLER. — Vano es nuestro proyecto, si no lo acepta. Sin Moor somos un cuerpo sin alma.

SPIEGELBERG. (Alejándose iracundo de él.) ¡Torpe!

MOOR. (Que es presa de violenta agitación, y recorre la escena en todos sentidos hablando consigo mismo.) — ¡Los hombres... ¡Los hombres! ¡Falsos, hipócritas, engendro de codrilos! ¡Lágrimas sus ojos, su corazón de hierro! ¡Besos en los labios, puñales en su pecho! Leones y leopardos alimentan á sus hijuelos, y los cuervos sirven carroñas á los

suyos, y él, él... He aprendido á sufrir la maldad, y hasta puedo reirme cuando mi enemigo jurado bebe la sangre de mi corazón... pero si los lazos de la familia encubren la traición, y el amor paternal se trueca en furia, ¡oh! que el fuego abraza á la paciencia humana, que el inocente cordero se convierta en tigre rabioso, y que cada fibra se mueva sólo por la ira y por el espíritu de destrucción.

ROLLER.—¡Oye, Moor! ¿qué piensas tú de esto? ¿Es preferible la vida de bandido á vegetar en una cárcel á pan y agua en un profundo calabozo?

Moor.—¿Por qué no ha de pasar mi espíritu al cuerpo de un tigre, que sacia en la carne humana su afán de mordeduras crueles? ¿Esto es fe paternal? ¿Esto pagar amor con amor? ¿Quisiera ser un oso, y excitar á los osos del Norte contra este linaje asesino!... ¡Arrepentimiento, pero no perdón!... ¡Oh si pudiera envenenar el Océano, para que fuesen mortales todas las fuentes! ¡Confianza, confianza absoluta, y fuera la compasión!

ROLLER.—Escucha, pues, Moor, lo que te digo.

Moor.—¿Es increíble, un sueño, una ilusión!... Súplica tan conmovedora, pintura tan viva de la miseria y de arrepentimiento sincero... ¡las bestias salvajes hubieran sentido lástima! Las piedras hubieran derramado lágrimas, y, sin embargo... se creería que escribo un libelo lleno de hiel contra la naturaleza humana, si llego á decir... y no obstante, no obstante... ¡Ojalá que yo pudiera tocar la trompeta de la rebelión en toda la naturaleza, y levantar al aire, á la tierra y á la mar contra esta raza de hienas.

GRIMM.—¡Oye, sin embargo, oye! Tu rabia no te deja oír.

Moor.—¡Lejos de mí, lejos de mí! ¿No eres tú hombre? ¿No eres hijo de una mujer? .. Quitate de mi vista, porque es humano tu rostro... ¡Y lo he amado de una manera tan indecible! ningún hijo ama así; mil vidas hubiese dado por él. (Dando en tierra colérico con el pie.) ¡Ah!... ¡Ojalá que pu-

sieran una espada ardiendo en mi mano, para herir este linaje de víboras! ¿Quién me dirá en dónde puedo alcanzar, destruir, aniquilar el germen de su vida? ¿Sería mi amigo, mi ángel, mi Dios... yo le adoraría!

ROLLER.—Amigos tuyos como estos queremos ser. Deja que te lo declaremos.

SCHWARTZ.—¡Ven con nosotros á los bosques de Bohemia! Formaremos una banda de ladrones, y tú...

(Moor lo mira atentamente.)

SCHWEIZER.—¡Tú serás nuestro capitán! ¡Tú serás nuestro capitán!

SPIEGELBERG. (Dejándose caer colérico en una silla.)—¡Esclavos y cobardes!

Moor.—¿Quién te ha sugerido esa palabra? ¡Oye, compañero! (Agarrando á Schwartz con violencia.) No ha salido de tu alma humana. ¿Quién te ha enseñado esas palabras? Sí; ¡por la muerte de mil brazos! Eso queremos, eso debemos ser; esa idea merece la apotcosis. ¡Ladrones y asesinos! ¡Tan verdad como mi alma vive, que yo soy vuestro capitán!

TODOS. (Con gran vocerío.)—¡Viva el capitán!

SPIEGELBERG. (Levantándose de repente y aparte.) Hasta que yo le ayude.

Moor.—Mira; ahora cae la venda de mis ojos, y comprendo mi locura en querer volver á mi jaula... Mi espíritu ansía actividad, y sólo libertad es ahora mi anhelo... ¡Asesinos, ladrones!... estas palabras ponen la ley bajo mis plantas... Entre los hombres no he encontrado la humanidad cuando yo la llamaba; lejos, pues, de mí toda simpatía y consideración humana... No tengo ya padre, no tengo amor, y la sangre y la muerte me harán olvidar que en el mundo hubo algo caro para mí... ¡Venid, venid!... ¡Oh! Quiero distraerme horriblemente... Estamos, pues, conformes en que soy vuestro capitán, y loado para siempre sea

el que desecude entre vosotros incendiando más y asesinando más cruelmente, porque os digo que será recompensado con esplendidez... Rodeadme, pues, todos, y juradme fidelidad y obediencia hasta la muerte... ¡Juradlo por esta esforzada diestra!

Todos. (Dándole la mano.)—¡Nosotros te juramos fidelidad y obediencia hasta la muerte!

Moor.—Ahora por esta diestra varonil, yo os juro ser vuestro fiel y firme capitán hasta la muerte. Este brazo arrancará la vida á cualquiera de vosotros que tiemble, dude ó retroceda. Vuestro derecho es igual para hacer lo mismo conmigo si quebranto mi juramento. ¿Estáis satisfechos? (Spiegelberg se pasea furioso.)

Todos. (Tirando al aire sus sombreros.)—¡Estamos satisfechos!

Moor.—¡Vamos, pues! No temáis muertes ni peligros, porque nos impulsa un hado inflexible. A todos llega su día, ya en blandos cojines de pluma, ya en la confusión fe-roz de la pelea, ya en la horca ó en la picota. Así, de algunas de estas muertes hemos de perecer. (Vanse.)

SPIEGELBERG. (Siguiéndolos con la vista.)—Una laguna hay en tu enumeración. Has olvidado el veneno. (Vase.)

ESCENA III.

El castillo de Moor.—La habitación de Amalia.

FRANZ, AMALIA.

FRANZ.—¿Apartas de mí tus ojos, Amalia? ¿Soy yo menos que el maldito por mi padre?

AMALIA.—¡Véte!... ¡Qué padre tan cariñoso y compasivo, que abandona á su hijo á los lobos y á las fieras! En su casa

se solaza con vino costoso y grato, y reenesta sus miembros doloridos en cojines de pluma, mientras se muere de hambre su noble y magnánimo hijo... Avergonzaos, seres inhumanos; avergonzaos, almas de dragones, oprobio de vuestra especie... ¡y es su único hijo!

FRANZ.—Tenia das, según creo.

AMALIA.—Si, merecía tenerlos como tú. En su lecho de muerte extenderá vanamente sus brazos descarnados buscando á su Carlos, y los retirará temblando al tocar la mano fría de su Franz... ¡Oh! es una dicha, una dicha inestimable ser maldecido por tu padre. Di, Franz, hermano cariñoso, ¿qué es preciso hacer para obtener su maldición?

FRANZ.—Tú te acaloras, querida; tú eres digna de lástima.

AMALIA.—¡Oh! Di, ¿la tienes tú de tu hermano? ¡No, cruel; tú lo odias! ¡Tú me odias también!

FRANZ.—¡Te amo como á mi mismo, Amalia!

AMALIA.—Ya que me amas, ¿rechazarás una súplica mía?

FRANZ.—Ninguna, ninguna, si no me pides más que la vida.

AMALIA.—¡Oh! Si es así, un ruego fácil y que satisfarás de buen grado... (Con orgullo.) Ódiame. Yo me ruborizaría de vergüenza, si al mismo tiempo que pienso en Carlos, me ocurriese el pensamiento de que no me odias. ¿Me lo prometes, pues?... Ahora véte, y déjame, que deseo estar sola.

FRANZ.—¡Seductora visionaria! ¡Cuánto admiro tu corazón tierno y amoroso! (Tocándola en el pecho.) Aquí dominaba Carlos como un Dios en su templo; te acordabas despierta de Carlos; se te presentaba en sueños, y la naturaleza entera se había concentrado para ti en él solo, y á él solo reflejaba, y sólo su nombre repetía.

AMALIA. (Conmovida.)—Si, es verdad, lo confieso. Ante vosotros, bárbaros, para desafiaros; ante todo el mundo quiero confesarlo... ¡yo lo amo!